1

Era la hora, el cierre de la Catedral era inaplazable. El sacristán, Eduardo Gassó, alcanzó el manojo de llaves del que se solía acompañar en su recorrido último, antes de echar el cerrojo, central y definitivo, a la puerta de la plaza de las Cadenas. Su silueta, inclinada hacia la derecha, se dibujó en la pantalla de espejos, situados sobre la fila de cajones y armarios de la sacristía –repujados en bajorrelieves de figuras y flores-, que guardan los ornamentos sagrados. Hizo muecas para observarse, y apreció que la vejez ya le acompañaba.

Inició la ronda cotidiana mostrando el vaivén de sus caderas, como si le faltara una cuña a su estructura ósea; siguió el protocolo con el que terminaba su tarea diaria, solo interrumpida para el almuerzo, en la casa llamada de los Sacristanes, en el exterior del templo, adosada a la pared de la Catedral, en proyecto de derribo inminente. Solo disponía de una insignificante siesta, que él siempre habría querido alargar. Llegaba a su faena nunca después de la seis y media de la mañana; preparaba lo necesario (ornamentos del color que exigía la liturgia, y rellenaba las vinagreras), para la celebración de la primera misa, de las siete y media, en la capilla de Los Vélez, a la que acudían fieles que se dirigían seguidamente a sus faenas, pero también miembros de distintas congregaciones y asociaciones piadosas, que prolongaban su estancia, terminada la eucaristía, con plegarias y cánticos propios.

A la salida de la sacristía dio de frente con el arco del altar Mayor, que enmarca la abertura por la que algunos creyentes suelen seguir los actos litúrgicos; está dotado de una escalinata breve, de apenas tres peldaños, precedida de una hilera de bancos provistos de reclinatorio. Luego, giró a su izquierda, las llaves colgadas de un aro (como quien transporta pájaros o peces), e inició el recorrido por las capillas principales que abrazan la nave central, con el coro y el órgano centenario.

Al pasar frente a la salida a la plaza de la Puerta del Pozo (al otro lado del muro estaba su casa), como era costumbre, apoyó su mano en la madera envejecida, y empujó fuerte para comprobar la resistencia a su esfuerzo: todo perfecto, pensó y continuó su marcha por las capillas, donde tintineaba la luz amarilla y quebrada de las mariposas eléctricas, encendidas con la limosna en calderilla de los fieles, con frecuencia en memoria de sus difuntos. Siguió su marcha hasta la capilla de Los Vélez, joya arquitectónica de fastuosa y exuberante decoración, declarada Monumento Nacional en 1928, donde es frecuente el oficio de misas a cargo de algún miembro del Cabildo; también, por clérigos jubilados o que están de paso en la ciudad. La lamparilla roja, o el cirio encendido junto al sagrario, indicaba la presencia del Santísimo Sacramento en su interior. El sacristán, tras empujar la cerca de hierro, que comprobó cerrada, hizo una trabajosa e incompleta genuflexión, con una desinteresada mirada al interior -mera costumbre, gesto perezoso de su oficio, como el que va de paso-, y continuó hasta encontrarse frente al arco que da acceso al altar Mayor en el lateral derecho de la nave central. Allí, sin dejar de mostrar su enfado, retiró una silla de madera, plegable, sacada del montón que se colocaba bajo la escalera de acceso al púlpito, sin duda utilizada por la conocida mujer devota que solía mirar al sagrario, durante horas, desde esa perspectiva.

Con un runrún de desaprobación, como una letanía, siguió su ruta mientras arrastraba la silla, que produjo un ruido que se elevó hasta la bóveda, por la conectividad de los arcos góticos del centro de la nave, eco que se amplifica en el vacío, frecuentemente oscuro. Al llegar al pasillo central, que se inicia en el coro y que está encajado en dos balaustradas de bronce, observó la presencia de dos visitantes -sentados en la fila de bancos del ala derecha-, que conversaban y señalaban algunos detalles del retablo. Tuvo que llamarles la atención (“Por favor, voy a cerrar”, dijo) mientras recordaba que no era la primera vez que les veía en el templo.

El día anterior se había celebrado, con la solemnidad acostumbrada, la festividad de los Reyes Magos, y la Catedral había sido escenario de varias funciones religiosas, a las que había asistido una inusual cantidad de fieles. Un trasiego agotador, al que el sacristán urgía poner fin; lo hizo enfilando el tramo último de su recorrido hasta regresar a la puerta de la sacristía. Dejó el manojo de llaves en la pequeña hornacina donde acostumbraba y, seguidamente, después de dar unas voces y unas palmadas de aviso, cerró la puerta y miró, como tantas veces, la pintura mural de grandes dimensiones de la capilla-retablo de San Cristobalón, que porta al Niño sobre sus hombros, con un gran bastidor colocado en el paño de pared de la entrada al Museo diocesano**.** Dio un golpe certero al interruptor de la última bombilla y traspasó el habitáculo, como mampara, que evita la vista de la calle desde el interior y viceversa. Subió los escalones de mármol estriado, desportillados, donde frecuentemente se sientan mendigos, con sus botes a modo de bandeja y sus perros, quietos o dormidos, como reclamo para la pena. Luego, introdujo la fría y pesada llave en la cerradura de la añosa puerta de madera, centenaria, dio dos vueltas al pasador y empujó la hoja encajada, al tiempo que extrajo la llave y se giró hacia la Plaza de la Cruz.

Fuera se había iniciado una lluvia escasa pero persistente. El guardián del templo se enfundó en su gabán de alpaca, siguió pegado a la base de la torre y giró a la derecha, hacia su casa, en la plaza de la Puerta del Pozo, junto a la subida a la torre, oculta por andamios de las obras de restauración de los tejados de la capilla de Los Vélez. Escondidos en la oscuridad bajo los naranjos, en la entrada a la calle Trapería, dos sujetos observaban su marcha.